

propone, arrancando una rama del árbol cercano y poniéndola en su sombrero, que verde escarapela sea el distintivo con que desde aquel día en adelante se reconozcan los patriotas, «color de esperanza», dice Camilo. A este color se unieron luego el rojo, que distingue á la ciudad de París, y el blanco, que distingue á la antigua Francia; nació esa bandera tricolor que todavía quieren sustituir con sus flores de lis los reaccionarios, y los demagogos con su pendón rojo; esa bandera tricolor saludada por la Marsellesa y seguida por los soldados de la democracia; esa bandera tricolor á cuya vista los Reyes han huido en desorden y se han levantado de sus sepulcros los pueblos enterrados; esa bandera tricolor que ha lucido entre las nieves eternas de los Alpes y en los eternos resplandores del Egipto: en la cima de las Pirámides y en la cima del Capitolio; esa bandera tricolor, con la cual aún sueña Polonia en sus hierros, á cuya sombra ha resucitado Italia transfigurada; bandera sacratísima, que, limpia hoy de las manchas en ella extendidas por el cesarismo y la conquista, vuelve á ondear en el centro de Europa, como la enseña de la libertad y del derecho, fatal á todos los tiranos y á todas las tiranías.

Continuemos nuestra narración. Cuando Camilo Desmoulin ha descendido de su mesa, después de haber hablado al pueblo, cree morir en los brazos de las gentes, que le oprimen contra su pecho. Al choque eléctrico de los corazones, las ramas quedan despojadas de sus hojas y las tiendas de sus telas verdes. Las gentes quieren llevar en sus sombreros las señales que los unen ó los identifican por completo en la misma idea y en el mismo sentimiento: en la idea del derecho y en el amor de la libertad; claros y reflexivos en unos, confusos é inciertos en otros, fuertes y poderosos en todos. Desde el Palacio Real se van las muchedumbres en tropel hacia la calle del Temple, á casa del escultor Cortino, donde hay bustos de los más renombrados personajes y más queridos del pueblo. La efigie de Necker, el ministro de la revolución, y de Orleans, el príncipe de la revolución, y de Lafayette, el general de la revolución, cubiertas de crespón negro, como para un luctuoso entierro, son conducidas por los boulevares, por el Palacio Real, por la calle de Richelieu, por el boulevard nuevamente, hasta buscar la calle de la Paz y la plaza Vendôme, desde donde se dirigen, pasando ante el jardín de las Tullerías, hasta la plaza de Luis XV, entre aplausos, gritos, espasmos de entusiasmo, voces discordantes, palabras de esperanzas, miradas de terror, es decir, entre todos los síntomas y todos los anuncios de la revolución. Desde la plaza de Luis XV hasta Versalles; en aquel trayecto de algunas leguas, por el Campo de Marte, por el Bosque de Bolonia, por los parques de Saint Cloud, por los alrededores de Sevres, por las largas avenidas de Versalles las tropas de la corte, aparecen acantonadas y dispuestas al combate, encontrándose tras de ellas como el Marte que las manda, el duque de Broglie, falso ídolo de la guerra, levantado allí para perseguir y ahuyentar con las bayonetas el éter misterioso de las ideas. Benseval, el cortesano Benseval, aparece como el primer ministro y el primer sacerdote de ese Rey; y

Lamberch, el príncipe Lamberch, recibe á la cabeza de su regimiento real alemán, el impulso de Dios y de sacerdote en la magnífica plaza de Luis XV, hoy plaza de la Concordia. Así, cuando los gritos se oyen tonantes como el estruendo de una nube que se acerca, Lamberch percibe sus gentes; y cuando la manifestación aparece, se arroja sobre los manifestantes. La procesión se disuelve; los grupos corren atropellándose unos á otros en extraordinaria confusión; las efigies ruedan por tierra; varios heridos se arrastran en busca de salvación, y algunos caen muertos en el arroyo. Pero bien pronto una parte considerable de la multitud se rehace, y volviendo sobre sus pasos, arremete con los dragones alemanes á taponazos y silletazos, á pedradas é injurias, mientras otra parte de la población coge un cadáver encontrado al paso y caído entre los pies de los caballos y lo muestra con verdadera ostentación y terribles alaridos por calles y plazas, pidiendo desahoradamente una inmediata é implacable venganza. El cadáver que de tal suerte incitaba á la multitud era de un soldado, de un guardia francés. Para todo sirven las bayonetas menos para sentarse en ellas. Cuando apoyan un orden de cosas sostenido por la opinión é impiden los atentados de la minoría contra la mayoría, resultan fortísimas, pero frágiles cuando á la voluntad general se oponen y combaten impalpables é incoercibles ideas, á cuyo misterioso poder se doblan y se rompen como las cañas al poder del viento. Los soldados no han venido de otro planeta y no acampan en una nación como si fuera un solitario campamento. Tienen ojos y ven las miserias públicas; tienen oídos y oyen los clamores amargos; tienen corazón y sienten los afectos generales, tienen inteligencia y reciben el rayo de luz que penetra en todas las almas; tienen familia y desean ver su hogar respetado y su propiedad consagrada y su trabajo retribuido; son hombres y no se excluyen del movimiento de la humanidad; pertenecen al pueblo y no se eximen de las cóleras y de las pasiones populares, el oxígeno de la atmósfera moral llega á su pecho como el oxígeno del aire, y mueve á su corazón que á su vez mueve el brazo, mantenedor de la pesada arma á que libra la reacción toda su salud y toda su fuerza. Luego los clubs agitan, los periódicos escriben, los oradores peroran, las muchedumbres claman; y todo esto oxida los sables. ¡Fiarse exclusivamente en la fuerza esa ciega corte! ¿Pues no sabía que muchos soldados acudían á la Asamblea del Estado Llano, poniéndose á sus órdenes? ¿Pues no sabía que grupos numerosos de ellos, escuchaban bajo los árboles del Palacio Real las arengas populares? ¿Pues no sabía que varios, condenados por desconocer sus consignas á ir á los clubs, acababan de alcanzar la libertad por un movimiento del pueblo? Si una parte no más del ejército le faltaba, ¿dónde iría á parar? Y le faltó. Los guardias franceses salieron de sus cuarteles de la Chaussée d'Autin y se encararon con el regimiento real alemán y tendieron muertos á algunos de aquellos cuyos sables acababan de herir á las muchedumbres. No había remedio. La partida estaba ganada por el pueblo.

El ejército se encontraba paralizado, como si hubiera visto siniestra aparición al saber



que los suyos también auxilian á la revolución en lugar de defender á la corte. Broglie grita más que gritaba en la guerra de los siete años, pero se le oye menos. Los rayos de Júpiter siempre fueron los mismos; pero durante cierto tiempo se empeñaron los fieles en verlos y después en no verlos. Así, la parálisis sobreviene cuando más se necesita la acción, porque Júpiter tonante no fia gran cosa de sus rayos despuntados. El palacio parece en la sombra. Excita á sus generales para que exciten á los regimientos, y los coroneles aparecen llorando á decir que no les oyen sus soldados. La Asamblea está despierta y en la luz; Lafayette la preside, pues el cielo ha querido que asista á la immaculada revolución de un pueblo libre, de América, y á la sangrienta revolución de un pueblo esclavo, de Francia. En vano envía mensaje tras mensaje á la corte. No quieren oír cosa alguna porque están seguros de triunfar. Mientras tanto, corre el día 13 de Julio. El antiguo ayuntamiento de origen real se hunde como tantas sombras de las castas, y los sustituyen delegados de los electores, primer borrador y ensayo de la democracia; el grito «¡á las armas!» resuena por todas partes; los guardias municipales ceden sus fusiles al pueblo; el repique de las campanas que tocan á rebato se confunde con el martilleo de yunques y el resuello de fraguas que forjan armas; las calles y las casas vomitan esos monstruos de la revolución, ébrios de cólera y hambrientos de matanza, cuyos gritos estridentes semejan á rugidos de las fiebras en las selvas y á los graznidos de las aves de rapiña; el guardamuebles de la Corona es asaltado en pos de armas y salen multitud de pilluelos arrastrando los cañones montados en ruedas de plata que el Rey de Siam regaló á Luis XVI, y las espadas damasquinadas, y los áureos petos, y los cascos brillantes, y las cimbras, como si fuese aquello, no escena real, escena fantástica; la prisión de San Lázaro, presidida por sacerdotes, tiene que entregar al mercado sus innumerables combustibles, y la prisión de los deudores, la Force, á la libertad sus innumerables presos; los fugitivos que intentan huir de la ciudad, á refugiarse quizá en el extranjero, vuelven escoltados por las muchedumbres; tres mil soldados de la guardia francesa, con todos sus fusiles y todos sus cañones, pero sin ningún oficial, se rinden al pueblo, la milicia ciudadana se improvisa y se arma en medio del tumulto; los tambores redoblan y las cornetas chillan y retiemblan los fusiles al caer sobre los pavimentos; la población entera se entrega en alma y cuerpo á la revolución, de tal suerte, que mientras los hombres se alistaban, se preparan, se arman, se ejercitan, se aperciben al combaten, las mujeres cosen escarapelas, levantan piedras, y á las llamas de gigantescas fogatas, en grandes calderas hierven la pez y el agua apercibidas contra las tropas de los tiranos; que la ira de todos ha llegado á uno de esos paroxismos sublimes en los cuales se suicida ó se redime un pueblo.

En medio del delirio la revolución revestía un carácter de verdadera pureza. Cuando las ideas, (lo que hay de divino entre nosotros) hablan, los apetitos, (lo que hay en nosotros de bestial), callan. El pueblo tenía embargadas todas sus facultades por el pensamiento, y

al pensamiento sometido todo su sér. Aquellas legiones gigantescas, verdaderas nubes tonantes, trombas terribles en espirales gigantescas, torrentes de lavas humeantes, movíanse, estallaban, rugían, devastaban, impulsadas por la idea que siglos de siglos elaboraran con su creador trabajo. Así es que todo parece maravillosísimo, porque todo tiene la índole de estas crisis supremas. De su propia naturalidad nace lo extraordinario y lo milagroso de estos acontecimientos. No vienen de improviso como esas montañas nacidas en una noche por los caminos de Baya, á las orillas misteriosas del Lucrino y del Averno. Estos grandes días se han producido por trabajos de una fuerza y de una duración verdaderamente geológicas. Así el vapor de la idea se subía á todas las cabezas como si estuviera disuelto en los aires: unas lo sentían, otras no lo sentían; unas tenían conciencia de la idea, otras no la tenían; pero en todas estaba como ciertos miasmas sutiles é impalpables de la atmósfera que, en mayor ó menor cantidad todos absorben. Al influjo de la idea se habían las prisiones de los presos políticos abierto y cerrádose las prisiones de los presos ordinarios. Al influjo de la idea se habían cogido en los asaltos de edificios públicos las armas y despreciado las riquezas. Al influjo de la idea se había oído la palabra perdón tratándose de enemigos inermes y la palabra muerte en cuanto se echaba la mano sobre un ladrón declarado. Besenval cuenta que la madrugada del 14 de Julio, muy temprano, porque en París amanece en tal mes pronto, se le presentó un joven, quien, según su relato, debía parecerse al joven esculpido más tarde por Rude en el gigantesco bajo relieve de «la Marsellesa,» le habló con vivísima elocuencia de la inutilidad de toda oposición, armada ó no, á los decretos del pueblo. Dice que debió arrestarlo; pero no se atrevió, sin duda por esa magia que ejercen las ideas sobre todos en el mundo, hasta sobre sus invencibles enemigos, en estos días creadores de la Historia. Lo cierto es que Besenval vió al pueblo ir á los Inválidos; penetrar en sus corredores y patios; recorrer desde las bases á la cúspide, hasta dar con los veinte mil fusiles allí reunidos y repartírselos con el mayor estruendo, conviniéndose todos en tomar la fortaleza del absolutismo, el potro de la conciencia, el gigantesco esqueleto de lo pasado, la formidable Bastilla. Miradla. El monumento de las revoluciones que se levanta como un árbol gigantesco; el ángel de bronce dorado que tiende sus alas al sol y que de noche parece una estrella; el silbido de la locomotora cruzando sobre viaductos gigantescos por sus espacios, no han podido quitarle, no, el horror unido á su terrible nombre, ni la sombra mortal extendida sobre sus antiguos espacios. Allí los calabozos abiertos en las entrañas de la tierra, humedecidos por las filtraciones del Sena, apestados por el hedor de las cloacas; los fosos tristísimos y hondos como abismos; las paredes sombrías, de un espesor tal que parecen montañas; los puentes levadizos con sus cadenas titánicas y sus deformes clavos, las triples rejas, por cuyos barrotes penetra la luz mortecina de las prisiones, parecida al reflejo de las lámparas funerarias sobre las losas del sepulcro; los fuertes y contrafuertes con sus remates de ladronera, entre cuya negra crestería pasean



como sombras los soldados de centinela; y las ocho gruesas torres con sus tristes aspilleras por donde abren sus fauces los cañones; todo cuanto recuerda el castillo feudal, la horca del pechero, los potros del tormento, los grillos del siervo y el clavo vil de la servidumbre, las llamas de la Inquisición, los procedimientos secretos, las penas horribles, los negros blasones del siniestro feudalismo y de la vieja tradicional monarquía. Imagináos el poder horrible de los hombres que por una palabra, por un escrito, por una venganza, por el asomo de una idea en la conciencia y el asomo de un sentimiento en el corazón, se han pasado años enteros en esos calabozos, sin luz, sin aire respirable casi, oyendo á lo lejos el rumor de la gran ciudad más sublime que el rumor del Océano, como para recordarles, con tristeza, mayor aun que la tristeza del cementerio donde reina á lo menos la paz y el silencio eternos, para recordarles en su tumba el movimiento y el calor y el espíritu y el poder fecundo de la vida. Cada idea social se une á su mente como la carne, la sangre y la vida del organismo á su esqueleto.

En la semana precedente del terrible asalto, las inteligencias previsoras habían visto el nubarrón que surgía y la tempestad que relampagueaba en torno de París y Versalles. Porfiaban pueblo con Monarca; y en esta porfia el pueblo se inclinaba menos que el Rey á pasar del trámite jurídico al trámite revolucionario. Los nobles mostrábanse cada día más insolentes, y un príncipe de sangre real como Conti, aseguraba que para cerrar las cuatrocientas bocas de los diputados había bastante con cuatro cañones de los artilleros. El pueblo, en cambio, se dirigía con representación humilde al Congreso Nacional, participándole sus temores por las maquinaciones olientes á verdaderos atentados; y reinstalaba en las cárceles unos soldados, reos de indisciplina militar, á quienes había hecho escapar grupos varios de la multitud exaltadísima. El pueblo no se atrevía con el Rey aún; pero sí con sus amigos. Una noche que fué al teatro el príncipe Conti, lo silbaron; y una tarde que se presentó un húsar, hijo de la Polignac, con uniforme, lo corrieron y lo apedrearon. Mas del Rey nada se murmuraba todavía y nadie tornaba los ojos aún á la revolución. Así necesitaba la corte hurgar ó espolear mucho á la muchedumbre para extraérsela de sus casas y dirigirla en tropel y en subversión á los aborrecibles motines. Mas las obyrugaciones vinieron pronto y en crecido número con la grande aglomeración de tropas extranjeras, concentradas en París y las cercanías, después de que vió la corte aquella increíble transformación de las guardias francesas, juramentados para ser fieles al Parlamento y al pueblo. Hubo una grande irritación. Mirabeau apareció, como en todas las providenciales ocasiones, su intérprete. Así que la pública pasión se arremolinaba en torno de su tribuna, veía fijo y sereno al Norte. Empezó diciendo que nadie confiaba como él en la lealtad y honradez del Monarca; y por lo mismo nadie veía con tanto dolor como él aquella perfidia patente usada por sus consejeros y sus cortesanos para perderlo en el ánimo de los diputados y de los pueblos. A cada nueva hora llegaban pelotones nuevos á Versa-

lles; treinta y cinco mil soldados se esparcían por aquellos alrededores y avanzaban en silencio y sigilo veinte mil más; trenes de artillería iban en pos de los batallones, y sobre puntos estratégicos muy señalados se levantaban amenazadoras barricadas muy guarnecidas de baterías; por el cruce de los caminos innumerables fortines y por los puentes improvisados castillos; una policía oriental atisbaba los menores gestos de las gentes buenas y una guarnición de suizos amenazaba y circuía el Congreso nacional; parecían los diputados, según las precauciones tomadas contra ellos, no los procuradores y voceros del pueblo francés, una invasión extranjera; y el Rey no se presentaba como el jefe popular de ciudadanos libres, sino como un déspota de Asia, pues en Estado alguno, dueño de su poder y soberanía, deliberan los Congresos sobre un campamento, sino entre sus electores, quienes bastan á la seguridad de todos, por lo cual debían las tropas alejarse del sitio donde residen poderes públicos levantados sobre la voluntad tan firme de una grande Nación tan soberana. Mil proposiciones y discursos siguieron á estas palabras de Mirabeau, que terminaron haciendo un voto calorosísimo por el armamento inmediato de la Milicia Nacional. Lafayette apoyó la idea de Mirabeau, y Sieyes dijo que las Asambleas provinciales en Bretaña nunca se atrevían á deliberar sin cerciorarse antes de que las tropas estaban á diez leguas del sitio de sus sesiones. No bien definidas aún las facultades propias del Poder legislativo y no bien separadas de las conaturales al poder ejecutivo; el Congreso, descartando la parte referente á una Milicia Nacional, elevó respetuoso mensaje al Rey para que las tropas se marchasen diez leguas lo más cerca de la capital. El Rey respondía con evasivas y la marea militar continuó aumentando con grande crecimiento. Tropas á sueldo del Rey, pero compuestas de condotieros extraños, llegan á Versalles, como si humearan las venas del pueblo; turbas de húsares, desenfrenadas y ébrias, corren por las calles, y asustan á los pacíficos transeuntes, cometiendo en sujetos y objetos cuantas tropelías pueden sugerir la borrachera y la disciplina; los guardias de Corps en sus cabalgaduras toman aires de Atila y los suizos en sus garitas parecen verdugos aparejados á la matanza; contra unos pobres hambrientos que semejan sombras, en lo pálidos y en lo flacos, y que apenas eran algunos centenares muy análogos á redivivos cadáveres, resueltan cincuenta mil hombres, como si hubiese declarada una guerra; y así no es maravilla corran las más absurdas especies como que van á disolver el Congreso y apresar los diputados, como que van á vender el espacio de Lorena y su gente al Emperador de Ausrria, como que van á traer los viejos Notables y las diputaciones provinciales contra la unidad y la soberanía de Francia. Mil imprudencias de los realistas aumentaban las sospechas de los ciudadanos. El abate Vermont, lector oficial de la Reina, gustaba un tanto de beber, y entre vaso y vaso, los vinos y licores le obligaban á decir que todo se arreglaría pronto con la despedida y la disolución de los Estados Generales. Así cuantos amaban la representación nacional dormían sobre sus estribos y empleaban una vigilancia